
Poder, imagen y representación en el mundo ibérico

Adolfo J. Domínguez Monedero

Universidad Autónoma de Madrid

Resumen

La presente comunicación plantea el análisis, en primer lugar, de aquellos espacios que dentro de los hábitats ibéricos pueden haber servido como ámbitos de representación del poder (político y además religioso). Tras ello, y para mostrar las transformaciones que han podido llevar a ese desarrollo, vuelvo sobre las esculturas, entendidas ante todo como vehículo para transmitir un mensaje ideológico, quizá de carácter mítico, pero sin duda también de carácter político. Se subraya el cambio producido entre unas y otras manifestaciones y representaciones del poder y cómo del relato individualizado y heroico exhibido por los grandes monumentos del ibérico antiguo se ha pasado al discurso urbano y cívico del ibérico pleno. Se incide, por fin, en cómo la consolidación de formas organizativas urbanas ha sido la responsable del cambio operado y se acaba sugiriendo que poder, imagen y representación, que habían ido de la mano en los albores de la cultura ibérica, terminarán por desarrollar dinámicas propias en el complejo y diversificado mundo de la ciudad ibérica clásica.

Resum

Aquesta comunicació fa l'anàlisi, en primer lloc, dels indrets que, dins dels hàbitats ibèrics, poden haver servit com a àmbits de representació del poder (polític i també religiós). Després, i per mostrar les transformacions que han pogut dur a aquest desenvolupament, es tornen a estudiar les escultures, enteses sobretot com a vehicle per transmetre un missatge ideològic, potser de caràcter mític, però sens dubte també de caràcter polític. Se subratlla el canvi produït entre unes i altres manifestacions i representacions del poder i el pas del relat individualitzat i heroic exhibit pels grans monuments de l'Ibèric antic al discurs urbà i cívic de l'ibèric ple. Es remarca, finalment, el fet que la consolidació de formes organitzatives urbanes ha estat la responsable del canvi operat i s'acaba suggerint que imatge, poder i representació—que havien tingut una trajectòria comuna en els albors de la cultura ibèrica— al final desenvoluparan dinàmiques pròpies en el complex i diversificat món de la cultura ibèrica.

Summary

This communication analyses, firstly, the sites which, in the context of Iberian habitats, may have served for the representation of power (political and religious). Next, in order to show the transformations which may have led to this development, we look at sculpture, understood above all as a vehicle for transmitting an ideological message, perhaps of a mythical nature, but without doubt also of a political nature. Emphasis is placed particularly on the change which occurred in representations of power and the pass from the individualistic and heroic features of the great monuments of early Iberia culture to the urban, civic discourse of the period of maturity. Finally, we note that the consolidation of urban organisational forms was responsible for bringing about this change, concluding with the suggestion that image, power and representation, which had developed together during the initial stages of Iberian culture towards the end developed their own dynamics within the complex and diversified world of Iberian culture.

■ INTRODUCCIÓN

En el estudio del mundo ibérico se ha pasado en los últimos años de la mera aproximación taxonómica, obviamente necesaria en un primer momento, a análisis claramente históricos, es decir, que atienden al estudio de los procesos sociales, políticos y económicos propios de ese mundo ibérico. Entre los temas que han surgido de esta nueva aproximación, uno de los más importantes es el referido al problema de las formas de poder. Diferentes han sido las propuestas avanzadas en los últimos tiempos

acerca de dicha cuestión, no siempre demasiado coincidentes entre sí y lastradas a veces por meros problemas nominalistas, centrados sobre todo en la cuestión de definir si nos hallamos ante “monarquías sacras”, “monarquías heroicas”, “aristocracias guerreras” o similares.

Sin querer quitar importancia a los debates centrados en tales cuestiones, sí quisiera incidir en la presente comunicación en otros problemas, posiblemente tan importantes o más que éstos. Me preocupa sobre todo cómo articula la cultura ibérica el ejercicio del poder con la representación del mismo, esto es, de qué medios simbólicos se

sirven los mandatarios ibéricos para expresar su estatus de cara al resto de la sociedad, tanto frente a sus inferiores cuanto frente a sus iguales. Para analizar dicho problema dentro del mundo ibérico que podríamos llamar “clásico”, y que situaríamos en el tradicionalmente llamado “Ibérico pleno” son de poca utilidad las informaciones que transmiten las fuentes grecolatinas y que, en el mejor de los casos, aluden al mundo ibérico tardío y ya, indefectiblemente, pasado por el contacto con el mundo cartaginés y romano. Suele ser un ejercicio de anacronismo habitual el emplear dichos testimonios para, proyectándolos hacia el pasado, intentar reconstruir lo que pudo ser la sociedad ibérica de los siglos V y IV. No discuto que pueda haber elementos que, a pesar del paso del tiempo, puedan haber permanecido pero, en cualquier caso, es siempre arriesgado, a falta de elementos adicionales de control, realizar conclusiones demasiado genéricas utilizando esos materiales.

Algo parecido pasa con manifestaciones materiales propias también de los últimos momentos del mundo ibérico, antes de su definitiva romanización, como pueden ser determinadas iconografías que aparecen en cerámicas de producción tardía dentro del desarrollo histórico ibérico, y fruto en muchos casos de influencias culturales nuevas. La exégesis de estas producciones, aunque importantísima para entender el mundo simbólico y espiritual de la baja época ibérica, tampoco puede extrapolarse impunemente a los momentos anteriores. Si algo caracteriza el análisis de un proceso histórico es la adecuada atención a la cronología y a los cambios que el paso del tiempo, con nuevos fenómenos y la intervención de unos u otros componentes culturales, introduce.

Por todo ello, y centrando mi análisis en los siglos V y IV, me atenderé a los elementos que corresponden a esos momentos cronológicos. No entraré en los problemas especiales que plantea el mundo ibérico del sur de Francia, en parte porque su relación con los otros ámbitos culturales que caracterizan esos territorios lo convierten en un caso peculiar y, en parte, porque su problemática ha sido objeto recientemente de un amplio y completo estudio (Arcelin *et al.*, 1992, 181-242).

■ EL PODER EN EL MUNDO IBÉRICO, ENTRE LA CIUDAD DE LOS VIVOS Y LA DE LOS MUERTOS

No cabe duda ninguna de que el mundo ibérico clásico se articula en ciudades, que lo son tanto en el aspecto material cuanto, probablemente, en un sentido ideológico. No todos los yacimientos arqueológicos conocidos corresponden, evidentemente, a tales ciudades y, precisamente, la multiplicación de tales poblados, usualmente dotados de recintos amurallados (Bonet *et al.*, 1994, 115-130; Moret, 1996, *passim*), sugiere la existencia de una importante jerarquización del hábitat, perfectamente comprobada en algunos casos paradigmáticos: los centros alto-andaluces de Obulco, Cástulo y Toya (Ruiz *et al.*, 1987, 239-256; Ruiz, Molinos, 1997, 11-29) y La Alcudia de Elche (Santos Velasco, 1994, 109-117) o Edeta-San Miguel de Liria (Bernabeu *et al.*, 1987, 137-156; Bonet, Guérin, 1989,

80-84; Bonet, 1995). El gran centro urbano, controlando un amplio territorio económico y, posiblemente, también político, en el que se insertan unidades menores de población se configura como la forma organizativa típica del Ibérico pleno al menos en la Alta Andalucía y levante peninsulares, y posiblemente también en el resto de las regiones ibéricas, aunque quizá no al mismo ritmo y manteniendo frecuentemente claras particularidades locales (visión general en Ruiz, Molinos, 1993, 100-145).

Es en este marco en el que se desarrolla el ejercicio del poder por parte de aquellos legitimados para hacerlo. Los criterios que podrían determinar esa legitimidad han sido también objeto de atención por parte de diferentes autores y no insistiremos de momento en ellos. Sí veremos, en cambio, la posible huella material que esas estructuras de poder han dejado.

■ LA CIUDAD IBÉRICA Y LOS ESPACIOS DEL PODER

En los últimos años, la intensificación de las excavaciones en los asentamientos ibéricos ha permitido la identificación de determinados espacios que, por unas u otras razones, han sido destacados como “singulares” por sus excavadores respectivos. Esta singularidad suele venir dada bien por las particularidades constructivas o incluso arquitectónicas del espacio, bien por los materiales en el mismo hallados, bien por ambos factores a la vez. Un problema importante a la hora de identificar tales espacios o, incluso, a la hora de elaborar una tipología de los mismos, es que no parece haber existido un único modelo en todo el mundo ibérico (Gracia *et al.*, 1994, 90-101). Otro inconveniente añadido se refiere a la dificultad de deslindar un componente político de otro religioso dentro de esas estructuras, posiblemente porque el mundo ibérico acaso tampoco hubiese llegado a establecer aún una delimitación clara entre ambos aspectos.

La abundancia de rituales de carácter doméstico dentro de los poblados ibéricos (Domínguez, 1995, 56-62) sugiere una estrecha relación entre el lugar de residencia y una religiosidad, como mucho, de tipo familiar. La aparición de estructuras de poder consolidadas tiene también una clara proyección religiosa, en parte materializada en la creación de santuarios extraurbanos de marcado carácter supraterritorial y en parte también en la configuración de lo que podríamos llamar santuarios cívicos. Son éstos, precisamente, los que aquí me interesan por ahora.

La tónica habitual en los santuarios cívicos indica que no se diferencian sustancialmente del resto de las viviendas del poblado (Vilà, 1994, 123-139; Moneo, 1995, 247-248), por más que podamos constatar la existencia de edificios independientes destinados específicamente al culto, aunque éstos últimos no son demasiado frecuentes o, al menos, conocidos. Entre estos últimos destacaría el templo de La Alcudia, de cronología controvertida, a pesar de que su excavador sitúa su erección a fines del s. VI (Ramos, 1995, 13) y quizá el o los templos de La Illeta dels Banyets, de cronología algo posterior (principios del s. IV) (en último lugar Olcina, García, 1997, 32-36). Quizá

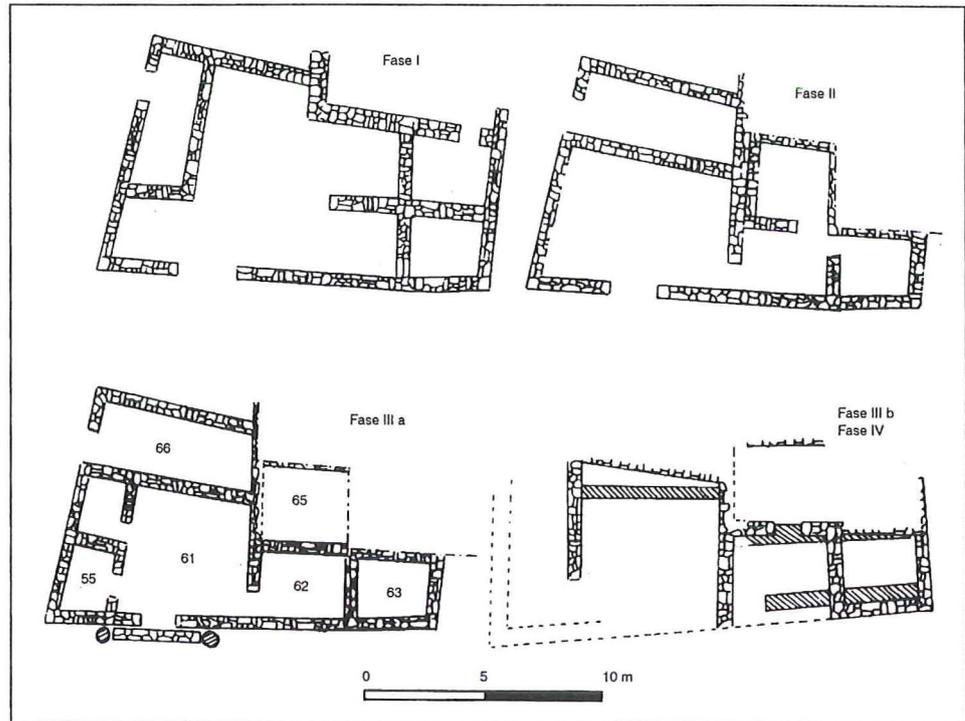


Figura 1. Las fases de desarrollo del “edificio singular” del Molí d’Espígol. (Según Cura, 1989).

no sea casual que la aparición de edificios aparentemente específicos y destinados al culto se dé de forma clara en ambientes directamente sometidos a la acción cultural de comerciantes extranjeros.

Sin embargo, los edificios independientes y específicos destinados al culto no parecen ser la norma en el mundo ibérico, al menos hasta donde se sabe actualmente. Mucho más habitual parece haber sido el edificio singular que acaso aunase la función de residencia del o de los individuos prominentes de la comunidad y la religiosa, vinculada originariamente al grupo familiar al que el mismo pertenecía y, con el tiempo, extendida al resto de la comunidad. Algún ejemplo especialmente interesante servirá para mostrar el proceso.

Desde mi punto de vista un caso revelador de lo que ha podido ser el proceso de configuración de espacios a medio camino entre lo representativo y lo religioso vendría dado por el edificio que Maluquer de Motes llamó “templo” (Maluquer de Motes, 1986, 13-14), pero que actualmente suele citarse como “edificio singular” del poblado del Molí d’Espígol (Tornabous) (Fig. 1). Los restos más antiguos del mismo, no demasiado bien conocidos, posiblemente corresponderían al siglo V y mostrarían ya un cierto desarrollo urbano. Empieza a ser mejor conocida ya la fase III, datable en algún momento del s. V avanzado, a la que correspondería ya un zócalo importante y, posiblemente, elementos arquitectónicos como columnas y sus basas que, convenientemente desmontados, serían reaprovechados en la reconstrucción de dicho edificio singular durante la fase III B (inicios del s. IV). Este poblado se construye después de aterrizar el precedente y, por encima del edificio singular de la fase anterior, se realiza, aprovechando parte de sus elementos constructivos, un edificio con una fachada de unos 13 m constituido por varias estancias en torno a una de ellas, de unos 5 m de lado, a la que se accede por un pórtico enmarcado por

dos columnas procedentes del poblado de la segunda mitad del s. V y reutilizadas. El propio empedrado de la calle marcaría la importancia del edificio. En una de las estancias anejas se hallaron dos enterramientos infantiles, datables durante la fase III A (hacia el 300); esa estancia disponía de una decoración estucada en las paredes. Justo enfrente de dicho edificio, surgiría durante la fase II B (principios s. III-230 a.C.) un edificio cuadrangular de 130 m² para el que se ha supuesto una función de gran sala o espacio comunitario. Todo el conjunto se halla en la parte central del poblado (Maluquer de Motes, 1986, 13-14; Cura, 1989, 173-181; *Id.*, 1992-93, 72-84; Cura, Principal, 1993, 63-83; *cf.* Domínguez 1995, 59-60).

A partir del análisis arqueológico, parece claro que ya desde los primeros momentos de existencia de ese hábitat se ha definido un área central, tal vez residencia de aquel grupo o familia que ejerce el control sobre la comunidad y que el paso del tiempo no ha hecho sino incrementar ese carácter de lugar central. Es interesante la reutilización, a pesar de la reforma total del poblado, de elementos de evidente prestigio como son las basas y las columnas, que delimitan el acceso a la residencia. Sin rechazar el aspecto religioso, parece también observarse ese carácter de representación del poder, posiblemente vinculado a aquél, además de al ejercicio de la autoridad, sin duda legitimada por los dioses. Por fin, la construcción del conjunto de estancias cuadrangulares, posiblemente base de un amplio entarimado sugeriría la existencia de un espacio de reunión colectiva, cívico-religiosa, justo enfrente de ese edificio singular. Lo que esta estructura nos dice con respecto al carácter representativo del poder es que nos hallamos ante el uso de determinados elementos arquitectónicos que sirven para hacer patente el carácter superior que los moradores de ese conjunto residencial poseen. Si ya durante la fase de fines del s. V alguna cierta diferenciación existía, será en el nuevo poblado que surge a principios del

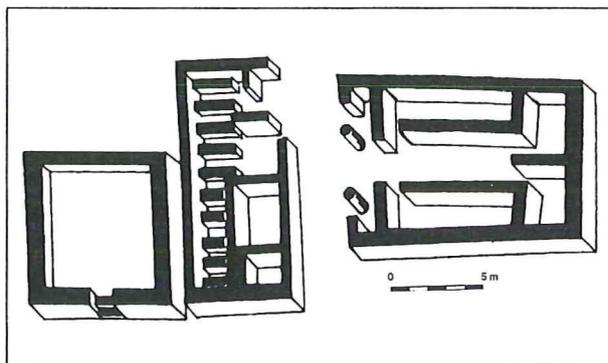


Figura 2. El conjunto de "templos" y almacén de La Illeta dels Banyets. (Según Llobregat, 1993).

s. IV cuando se ha plasmado, de forma permanente, esa preeminencia.

Un ejemplo hasta cierto punto semejante se puede observar en el conjunto de La Illeta dels Banyets en Campello, donde se ha identificado un conjunto de estructuras habitualmente considerado como dos templos, un almacén e, incluso, lo que se ha interpretado como el lugar de gobierno y control de la actividad mercantil y manufacturera del asentamiento (Fig. 2). El carácter empórico de este conjunto fue ya apuntado por Llobregat (1993, 421-428; cf. Domínguez, 1995, 63) y el mismo es aceptable en líneas generales. Con respecto al llamado templo A, un edificio de tres naves precedido de una nave transversal y al que se accedía a través de una puerta flanqueada por columnas ochavadas, si bien su excavador reafirma su carácter cultural (Llobregat, 1993, 425; en último término Olcina, García, 1997, 32) tampoco puede perderse de vista la interpretación que propuso Almagro de considerar tal edificio como una *regia* o palacio (Almagro, 1993, 36-37; *Id.*, 1996, 95). Independientemente del nombre que queramos darle, tendríamos aquí un esquema bastante parecido al ya visto en el caso del Molí d'Espígol y más o menos contemporáneo del mismo, puesto que la datación de todo el conjunto del Campello se sitúa a lo largo del s. IV (Llobregat, 1986, 65), como confirma también la reciente publicación del almacén que se hallaba situado enfrente de esta estructura (Álvarez, 1997, 133-174). Lugar de residencia del individuo que ostentaba la autoridad sobre el centro, control del almacén que se hallaba justo enfrente de dicha residencia y relación de este último tanto con aquélla como con un espacio sagrado a cielo abierto (el llamado templo B) configuran, nuevamente, un espacio privilegiado dentro del tejido urbano de La Illeta. A diferencia de lo que ocurría con El Molí d'Espígol, no se conoce el desarrollo a lo largo del tiempo de dicho esquema representativo y económico pero cuando el mismo se materializa en La Illeta se observa ya su alta sofisticación, lo que sugiere que sus raíces, como se veía en El Molí, hay que buscarlas en un momento anterior.

Quizá el modesto poblado de La Quéjola (San Pedro, Albacete) pueda aportarnos algún dato adicional más (Fig. 3). En él se excavaron varias estancias que, en su mayoría parecían haber servido de almacenes de ánforas, puesto que estos envases eran mayoritarios en cada una de ellas.

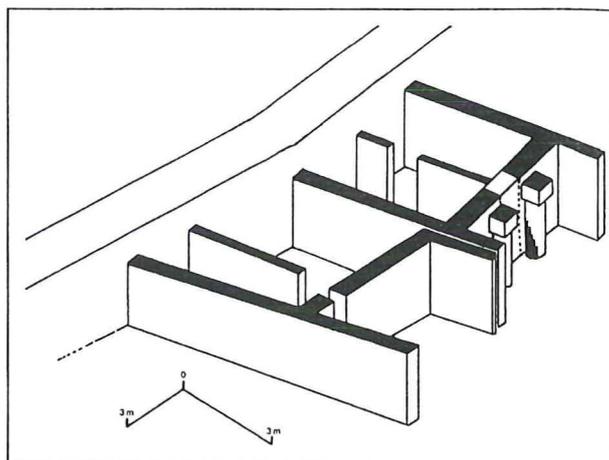


Figura 3. El conjunto político-cultural del poblado de La Quéjola. (Elaborado a partir de Blánquez, 1997).

Junto a ellas, destacaba un conjunto compuesto por dos estancias adosadas: una de ellas, dividida en su interior por un muro, tenía acceso directo a la calle y se interpreta como la vivienda del que ejercía el poder en el poblado; la otra disponía de una puerta de acceso, cegada en el momento mismo de la construcción y flanqueada por dos columnas coronadas por pseudo-capiteles. Ambas estancias estaban enmarcadas por la prolongación hacia la calle de sus muros, marcando visualmente la preeminencia de tales espacios. En esta última habitación cerrada aparecieron apiladas cinco copas Cástulo (cuando lo normal en el resto del poblado es una por estancia), *pondera*, armas (lanzas), objetos metálicos y cerámicas rituales (sítulas). Igualmente, sus paredes se hallaban revocadas y pintadas en rojo y azul. Se ha sugerido que a esta estancia pudo corresponder un timiaterio orientalizante, de fines del s. VI, hallado de forma fortuita antes del inicio de las excavaciones. Este poblado fortificado parece haberse realizado en un solo momento y su cronología ha sido fijada por su excavador desde fines del s. VI y todo el s. V (Olmos, Fernández-Miranda, 1987, 211-219; Blánquez, Olmos, 1993, 85-108; Blánquez, 1993, 99-107; *Id.*, 1995, 191-200; *Id.*, 1997, 226-229). En cualquier caso, el timiaterio podría ser una pervivencia de una época anterior, lo que permitiría rebajar algo la cronología general del poblado, para ajustarla mejor a la que sugiere la mayor parte de los objetos presentes, especialmente las copas Cástulo, pudiendo situarse, perfectamente, entre la segunda mitad del s. V e inicios del s. IV. Sea como fuere, la cronología de La Quéjola nos permite remontar ya al siglo V la aparición de estructuras destacadas dentro de los hábitats ibéricos, incluso en aquéllos que, a pesar de la eventual importancia económica de que gozasen, no dejan de ser sumamente modestos, sugiriendo su carácter de meras dependencias de centros urbanos mayores.

La Quéjola nos informa, pues, de que ya desde mediados del s. V los poblados ibéricos poseen áreas de especial relevancia y empeño arquitectónico y ornamental, así como de objetos de carácter especial que marcan la aparición de estructuras de poder, en las que el aspecto religioso-ritual aparece sin duda combinado con la represen-

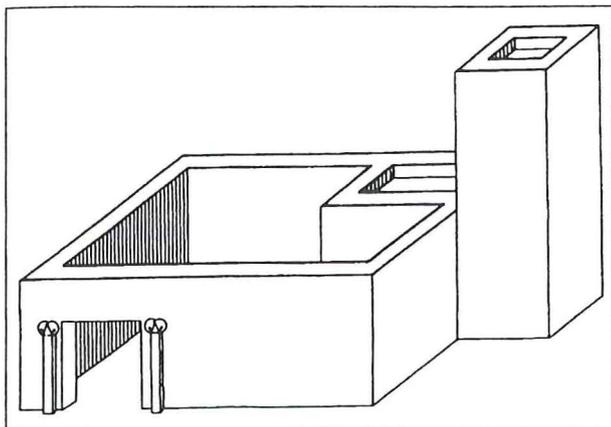


Figura 4. Reconstrucción ideal del templo urbano de La Alcudia de Elche. (Según Ramos, 1995).

tación simbólica de ese poder. Posiblemente lo mismo ocurra en otros lugares como, presumiblemente, en el importante yacimiento alto-andaluz de Puente Tablas donde desde mediados del s. V se detecta una reorganización del hábitat con la aparición de algunas viviendas claramente más grandes y distintas de las que aparecen con más frecuencia así como de lo que parece un edificio mayor con pórtico y patio (Ruiz, Molinos, 1997, 21-23).

Si sintetizamos lo hasta aquí visto, y que no es más que un conjunto seleccionado de ejemplos que podría ampliarse considerablemente con otros casos, podríamos decir que a partir del s. V, y con amplio desarrollo durante el s. IV, surge en los poblados una serie de estancias o viviendas que se dotan de una serie de elementos externos, así como de objetos muebles, que materializan el poder y el prestigio de sus poseedores y moradores. Es difícil, e incluso estéril, intentar deslindar el carácter “político” o “religioso” de tales estructuras como se ha intentado en alguna ocasión (por ejemplo en Burriac, Vilà, Gonzalo, 1996, 457-466) puesto que como ocurre en otras culturas, es la función religiosa del gobernante la que determina la función religiosa de su vivienda (por ejemplo, Mazarakis-Ainian, 1997) y algo similar se ha sugerido ya para el mundo tartésico (Almagro, 1996, 71). Tal vivienda adopta frecuentemente algunos elementos arquitectónicos que remarquen su singularidad, como pueden ser las columnas flanqueando la entrada, aunque sin duda pueden existir otros modelos y es probable que en algunos centros, como ocurriría en La Alcudia, surjan edificios aparentemente exentos de función exclusivamente religiosa, nada extraño en entidades de la envergadura de esta última ciudad.

Para enlazar este punto con el siguiente que quiero abordar, mencionaré la existencia también en la ciudad de manifestaciones escultóricas que, junto con el “templo”-vivienda destacado, marcan ya la existencia de una ideología del poder expresada visualmente. Los conjuntos mejor conocidos son el procedente de La Alcudia y, más recientemente, y a falta de publicación definitiva, el del Pajarillo (Huelma, Jaén) y que sugerirían esa representación visual en el ámbito urbano y en el extraurbano, respectivamente. En el caso de La Alcudia (Fig. 4), se conoce una importante colección de esculturas que, una

vez destruidas, sirvieron de pavimento de una de las calles principales de la ciudad; figuras humanas, animales, guerreros, un grifo, apuntan a un programa iconográfico determinado en el que la exhibición de una serie de escenas de combate junto con otras de posible carácter “civil” permitiría una determinada visualización de la legitimidad que se arrogaban los titulares del poder político en la ciudad ilicitana. Hayan estado o no estas esculturas dentro del considerado templo ibérico (Ramos, 1995, 115-122), parece segura su ubicación urbana y, aparentemente, algunos restos escultóricos aparecieron durante la excavación del mismo (Ramos, 1994, 107-114). Por lo que se refiere al Pajarillo, se trataría de un interesante conjunto arquitectónico en el que disfruta de un lugar preferente un conjunto de esculturas en las que, junto con figuras de animales, también aparecen individuos en actitud de combate. Todo el conjunto se data a principios del s. IV (Chapa, 1995, 191) y parece encajar bien, a juzgar por opiniones expresadas por sus excavadores en diversos foros, en el tipo de santuarios extraurbanos de ámbito supraterritorial de los que conocemos algunos otros ejemplos en el mundo ibérico (cf. Domínguez, 1995, 69-72). Naturalmente, el que se encuentren fuera del límite físico de la ciudad no impide (todo lo contrario) que este último tipo de estructura sea una proyección más de la ciudad, entendida en el sentido de comunidad cívica (Domínguez, 1997, 399-401).

■ LAS NECRÓPOLIS IBÉRICAS Y LA VISUALIZACIÓN DEL PODER

Análisis recientes sobre el desarrollo de la escultura en el mundo ibérico han llegado a la conclusión de que en el tránsito del s. V al IV se produce un desplazamiento de la escultura desde un uso funerario a un uso urbano, sin dejar de utilizarse en el primero de los ámbitos (Chapa, 1995, 190-192), idea que, en líneas generales, comparto. Es, por lo tanto, al mundo funerario al que ahora quiero referirme y, en él, un aspecto fundamental viene dado por la escultura.

La escultura no es más que un medio utilizado por los grupos emergentes ibéricos para dar a conocer, a iguales e inferiores, un determinado mensaje, a saber, su poder y la legitimidad del mismo. Esa necesidad, que surge aparentemente casi de repente en un momento de tránsito entre el siglo VI y el V, va a hacer uso, como no podía ser menos, de los recursos iconográficos que otras artes más desarrolladas prestan a los notables iberos. Sin embargo, no por ello podemos dudar del carácter genuinamente ibérico de tales representaciones y conceptos aún manejados como los de “arte greco-ibérico” (Croissant, Rouillard, 1996, 55-66) no dejan de presentar evocaciones de ideas en buena parte ya superadas (Olmos, 1996, 41-59).

La escultura ibérica de finalidad funeraria aparece, tal y como habitualmente se acepta, en el tránsito entre el s. VI y el V (Chapa, 1996, 67-81), siendo el monumento de Pozo Moro una de las primeras manifestaciones de la misma (Almagro, 1983, 177-193) (Fig. 5). Ya en él se desarrolla un programa iconográfico en el que las imágenes sirven de apoyo visual a un relato que se ha supuesto mítico (Olmos, 1996-a, 99-114; *Id.*, 1997, 255-256) y en

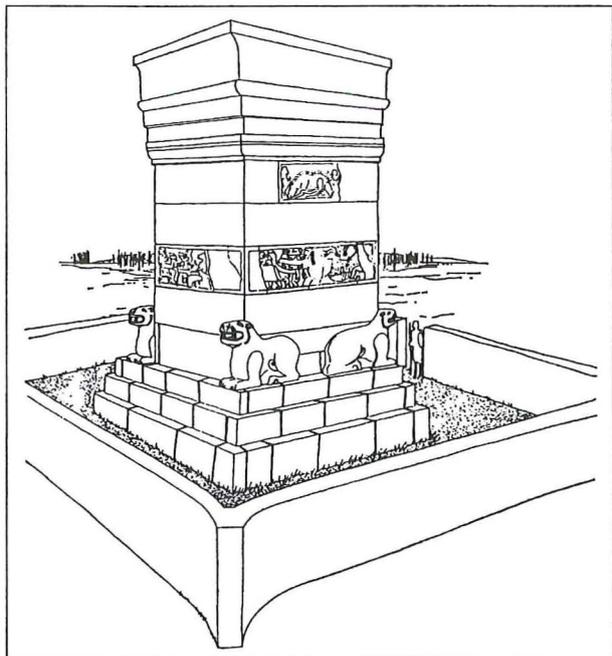


Figura 5. Reconstrucción ideal del monumento turriforme de Pozo Moro. (Según Almagro, 1983).

el que distintas divinidades o distintas plasmaciones de la divinidad actúan o se hacen presentes ante el observador. No cabe ni por un momento dudar del carácter simbólico de las escenas del monumento ni de su relación con el ibero enterrado bajo el mismo, y que acompaña sus restos con preciados objetos importados; no cabe dudar tampoco de que nos encontramos ante un instrumento (quizá el único en aquellos momentos) a disposición del poder para hacerse presente en la sociedad sobre la que se ejerce. Un poder que, naturalmente, no es abstracto sino que es ejercido por un individuo (*cf.* Blech, 1997, 209) inserto en un grupo familiar co-partícipe del mismo, y que al encargar el monumento a escultores perfectamente conocedores de recursos iconográficos propios de ambientes orientalizantes, pretende honrar al difunto, al tiempo que reafirmar, como herederos y descendientes del mismo, su linaje y su legitimidad para seguir ocupando un puesto relevante dentro de esa misma sociedad.

En ese caso, lo importante no sería tanto el monumento cuanto la historia que el monumento cuenta y en la que quizá tengamos más el recuerdo mitificado del difunto que una recurrencia a mitos cosmogónicos, tal vez demasiado alejados de los intereses concretos de los herederos del mensaje transmitido. Es éste, no cabe duda, un problema de difícil solución y que, en otras culturas algo mejor conocidas, tampoco ha sido resuelto de forma satisfactoria, como mostraría el caso de las primeras representaciones figuradas en el geométrico griego (Snodgrass, 1987, 132-169; Cabrera, 1997, 61-79). En cualquier caso, quizá una de las claves de la visualización del poder en este mundo ibérico en el tránsito del siglo VI al V pueda haber sido no tanto la referencia a remotos orígenes cuanto el hacer ver, mediante la utilización de novedosos métodos “audiovisuales” (la palabra combinada con la imagen), las cualidades semi-divinas del difunto enterrado bajo esa

pesada estructura. Precisamente lo que de revolucionario tiene la escultura en piedra es que puede servir como elemento ilustrativo de la palabra a una escala hasta entonces desconocida en Iberia; de ahí la rápida absorción de elementos y técnicas escultóricas aportados por la superior tecnología de los pueblos colonizadores; de ahí la utilización de animales reales y fantásticos, conocidos y no conocidos, para expresar unas ideas que, ésas sí, forman parte de remotas tradiciones indígenas.

Es también una multiplicidad de relatos la que vemos petrificada en el extraordinario conjunto de Porcuna, teóricamente realizado unos pocos decenios después del monumento de Pozo Moro, y que cuenta con temáticas diversas. Por un lado, se representa un conjunto de enfrentamientos entre individuos de dos bandos desigualmente preparados para el combate y en el que uno de ellos lleva claramente la peor parte, con una clara delectación del escultor por la representación hiperrealista de las heridas y de la dureza de la lucha (Negueruela, 1990, *passim*). Por otro lado, tenemos otros tipos de escenas que pudieran representar actividades no bélicas (cazador de perdices, cazador de liebres, figuras de “sacerdotes” y “sacerdotisas”, etc.) y, por fin, escenas claramente imaginarias (grifomaquia, leontomaquia, esfinges, harpías, luchas de animales), así como numerosas otras representaciones no siempre de significado claro (González Navarrete, 1987). Ya desde el principio se planteó si nos hallábamos, especialmente en las escenas de combate, entre representaciones reales o simbólicas (Negueruela, 1990, 222-226) y, en líneas generales, las interpretaciones al uso van más en esta última línea.

Desde mi punto de vista, y como ocurría con el caso de Pozo Moro, quizá la pregunta se halle mal planteada. Nuestros conceptos de mito y realidad no sirven, claramente, para interpretar una cultura en la que el uso casi exclusivo de la oralidad como elemento de fijación y transmisión de conocimientos hace que tales conceptos dejen de tener sentido. Una hazaña bélica vivida hace tan sólo un par de años puede alcanzar en breve claras connotaciones épicas, cuando no míticas; la lucha del individuo contra la adversidad, contra la enfermedad, contra la muerte, esto es, contra conceptos abstractos para nosotros, puede dar lugar igualmente a relatos tan reales (o tan imaginarios) como los referidos a una simple cacería. Quienes en la ibérica Ipolca disponen de la capacidad económica y del prestigio social suficiente como para encomendar a escultores profundamente embebidos del lenguaje simbólico helénico la realización de una amplia y compleja serie de monumentos escultóricos, traducen a imágenes conceptos abstractos, expresados en relatos concretos, no necesariamente míticos, pero también episodios concretos, cargados de connotaciones míticas por mor de ese mismo relato.

De cualquier modo, no hemos de pensar que la violencia explícita en las representaciones de Porcuna tenga por qué ser simbólica cuando muy probablemente la formación de las estructuras urbanas ibéricas esté lográndose mediante el uso (seguramente no en exclusiva) de la violencia organizada, y cuando los círculos emergentes de esas sociedades ibéricas hacen gala y ostentación de su

panoplia guerrera en el momento de dar a la tierra sus restos mortales (Quesada, 1995, 159-169). El ideal agonal, quizá uno de los más claros dentro de los círculos de poder ibéricos, seguramente se expresa en el conjunto de Porcuna mediante la representación de esas monomaquias, que pueden ser reales, al tiempo que están recibiendo un tratamiento mítico; tan mítico al menos como las luchas entre humanos y seres fantásticos como el grifo o el león (para el ibero ambos serían igual de fantásticos) o como luchas entre animales entre sí (como el león o el grifo y la serpiente sobre una palmeta). Hemos perdido el relato que daba coherencia y sentido a esas luchas pero en el combate del hombre contra el monstruo no podemos sino ver una de las constantes simbólicas presente en buena parte de la iconografía mediterránea de la que se nutre, en estos primeros momentos, la iconografía ibérica. No sabemos si el ibero leía esas imágenes como una lucha contra la muerte y sus espíritus, o como una lucha entre las fuerzas del bien y del mal pero a mí no me cabe duda de que esos combates eran para él tan reales como lo era para un griego contemporáneo la lucha de Heracles contra la Hidra de Lerna o la de Perseo contra la Medusa Gorgona o de los Arimaspos contra los Grifos. El discurso arcaico no establece fractura entre nuestro mito y nuestra realidad y las nuevas formas de poder que están surgiendo en Iberia durante el s. V usan ese relato y esas imágenes como emblemas de la nueva autoridad que, teniendo como trasfondo esas dos formas de expresión tan íntimamente entrelazadas, aspiran a desempeñar. Si, como se suele aceptar, el conjunto de Porcuna tiene sentido funerario, sería desde la permanencia otorgada a la tumba desde la que ese relato hablaría a los supervivientes, y los descendientes y herederos de los allí enterrados serían los encargados de administrar, en su propio beneficio, dicho mensaje. En todo caso, no es imprescindible aceptar un emplazamiento funerario original del conjunto para admitir su capacidad de transmitir el mensaje ideológico querido por quienes lo han sufragado.

Creo que buena parte de la iconografía de la escultura funeraria ibérica es relato, no explícito pero sí posiblemente implícito (cf. Olmos 1996-b, 90); monumentos de una gran simplicidad como las dos esculturas ecuestres de la necrópolis de Los Villares halladas, lo que no es frecuente, prácticamente *in situ* (Blázquez, 1992, 121-143; *Id.*, 1997, 218-221), y erigidas quizá con una distancia de dos generaciones, están hablando seguramente del viaje a ultratumba de sus respectivos dueños, dentro de una línea bien tratada de heroización ecuestre (Blázquez, 1977, 278-299) y en la que el caballo juega, sin duda, tanto un papel simbólico como de representación del estatus de su propietario (Quesada, 1997, 190); pero también pudieran querer estar mostrando, mediante el vínculo iconográfico del jinete que corona la tumba, una línea ininterrumpida en el ejercicio del poder. Para ser precisos, esa relación vendría marcada por la tradición oral que, apoyada sobre las representaciones plásticas, las dotaría de sentido e inteligibilidad. Es probable que ese relato, elíptico en las dos esculturas ecuestres (y en tantas otras), alcance un cierto desarrollo en el crepuscular pilar-estela de Coimbra del Barranco Ancho (Fig. 6), datable ya a mediados del s.

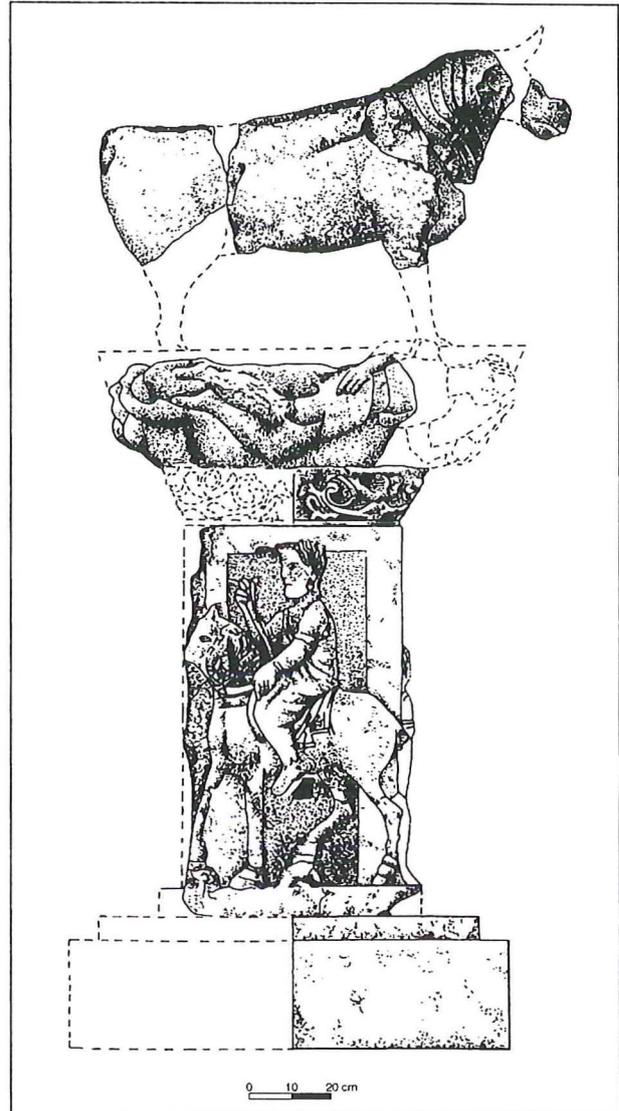


Figura 6. El pilar-estela de Coimbra del Barranco Ancho. (Según García Cano, 1994).

IV, y en tres de cuyas caras aparecen sendos jinetes (¿o es el mismo atravesando diversas etapas 'iniciáticas' o en diferentes actitudes?), mientras que en la cuarta aparece una posible escena de despedida (Muñoz Amilibia, 1987, 229-255; García Cano, 1994, 173-201). Tal monumento sugiere, mediante el propio despliegue de sus escenas, un relato continuo, cualquiera que sea éste; los niveles posibles de interpretación son abundantes (Olmos, 1996-b, 96-97).

Este relato, en algunos pilares-estela, una de las formas más típicas de cubrición de las tumbas de relieve en el mundo ibérico (Almagro Gorbea, 1978, 19-218; *Id.*, 1983-a, 7-20; Castelo, 1995), se reduce simplemente a la figura que corona el pilar, un toro (como en el caso del recién mencionado de Coimbra), una esfinge, una sirena, un lobo, un león y cuya lectura, igualmente elíptica (o incluso metonímica) además de poder tener una lectura "étnica" o territorial (Chapa, 1997, 243-244) nos transmite la gloria del difunto allí enterrado. Naturalmente, y con relación a estos símbolos que, a veces son los únicos disponibles sobre las tumbas de notables iberos, hemos de observar

que la imagen está en cierto modo viva y también impone su propia dinámica. Seres reales o fantásticos, una vez que, tras su introducción como representantes visuales de determinados simbolismos, adquieren carta de naturaleza, se convierten en elementos autónomos que, incluso, desligados del relato original en el que por primera vez surgieron, siguen sirviendo para expresar contenidos eventualmente diferentes.

Sin embargo, en otros pilares-estela, como el mencionado de Coimbra del Barranco Ancho, aparecen, en la nacela de la gola, figuras esculpidas, como guerreros tumbados (García Cano, 1994, 189-191) o figuras femeninas como en de Corral de Saus (Mogente) (Aparicio, 1984, 187; Almagro, 1987, 199-228) o el Prado (Jumilla) (Lillo, Walker, 1990, 613-619), por no mencionar el conjunto de figuras femeninas con flauta de la gola y las plañideras de las metopas del monumento turriforme de Alcoy (Almagro, 1982, 161-210; *Id.*, 1982-a, 265-285) este último de una complejidad mayor. Esas figuras heráldicas, dotadas de interesantes simbolismos (flautas, granadas) enmarcaban por su parte superior el pilar y servían de base a la gran escultura de bulto redondo que coronaba el monumento. Aun cuando hoy ya no podamos desvelar totalmente su significado no cabe duda de que su finalidad era transmitir al espectador datos relevantes del carácter del difunto allí enterrado. Su lectura, más que funeraria, o además de ello, era también política.

Me interesa destacar, por fin, que estas manifestaciones del poder, expresado en forma de leyendas en piedra destinadas a estar para siempre vivas en la memoria de las generaciones sucesivas surgen en los momentos iniciales del proceso de configuración de la ciudad ibérica ya a principios del s. V o fines del s. VI. El desarrollo de estas manifestaciones, como hoy sabemos, no es lineal y está jalonado de numerosos y diferentes procesos de destrucción (Ruano, 1987, 58-62; Quesada, 1989, 19-24; Vaquerizo, 1994, 272-274), quizá en muchas ocasiones de alcance más bien local; sabemos incluso que muchas de estas manifestaciones escultóricas aparecen en necrópolis en las que previamente se habían producido fenómenos de destrucciones de esculturas. Sin embargo, y a pesar de esas pervivencias, la visualización del poder mediante la erección de suntuosos monumentos funerarios parece ir cediendo paso, ya desde fines del s. V a otras formas diferentes, quizá menos abrumadoras y más centradas en los ambientes urbanos. Esas destrucciones de escultura a que hemos aludido seguramente están sugiriendo reacciones internas dentro de las sociedades ibéricas que, al tiempo que están avanzando hacia concepciones de tipo más cívico están obligando a los dirigentes de las mismas a transferir a otros ámbitos y a otros símbolos la expresión del poder que, quizá no necesariamente sobre nuevas bases, están ejerciendo. Al menos, esta visión resulta más sugerente que atribuir, sin más, a incursiones guerreras estas destrucciones (Blázquez, García-Gelabert, 1991, 189-195) y justificaría también, por una parte, la perduración, en muchos casos, del uso de la escultura funeraria y, por otra, el más que posible proceso de abandono y ruina detectable en otros casos (Chapa, 1993, 185-195).

■ CONCLUSIONES

A lo largo de las páginas previas he intentado presentar una lectura del mundo ibérico centrada, sobre todo, en los mecanismos mediante los cuales el poder se hace patente dentro del ámbito de la ciudad ibérica. Si recapitulamos lo visto hasta ahora podemos observar cómo la aparición de un desarrollo político y social maduro dentro del mundo ibérico, con el consiguiente surgimiento de círculos de poder, se manifiesta de forma brusca en la aparición de manifestaciones escultóricas de carácter funerario (*cf.* por ejemplo, Rouillard, 1996, 346), cuyo lenguaje iconográfico les ha sido prestado a los iberos, en buena medida, por los griegos dentro de una dinámica emprendida por éstos en función de sus intereses en el sudeste peninsular (Domínguez, 1984, 141-160; *Id.*, 1996, 59-69). Sin negar la lectura funeraria de tales manifestaciones, creo que podemos destacar también su lectura política, en cuanto que materialización de relatos y leyendas, en los que no cabe excluir algún componente mitológico, pero referidos expresamente al difunto cuya tumba señalizan, y en el que los descendientes y herederos del finado, aspirantes a conservar o ampliar el poder que les ha sido transmitido, sirven de evidentes albaceas de su memoria. Que podamos hablar de monarquías heroicas o de aristocracias gentilicias a mí me parece menos importante, por cuanto que en último término son sólo palabras, aunque cargadas de claras connotaciones clasicocéntricas. Yo me conformaría con hablar de grupos dirigentes, de más que probable raigambre gentilicia, habida cuenta de la evidente relación entre el difunto y quienes se encargan de erigir el monumento que le honra, conmemora y recuerda. Las bases de su poder, aunque no es el tema que aquí me ocupa, sin duda se hallan en la relación privilegiada que han mantenido y mantienen de cara a la movilización de sus respectivas comunidades frente a las demandas de los pueblos colonizadores, fenicios y griegos; esta posición aventajada derivaría, por su lado, de la posesión de tierras, ganados y medios de producción, así como de la capacidad de disponer de parte de la capacidad de trabajo de quienes quedan fuera de esos círculos emergentes.

En el estado actual de nuestros conocimientos no podemos conocer con detalles cómo esa visualización del poder en el ámbito de la necrópolis se relaciona con los espacios del poder dentro del recinto urbano, debido a lo mal conocidos que son, en general, los hábitats ibéricos antes de mediados del s. V; además, parece que, en muchos casos, los poblados antiguos sufren, en general, un proceso de reorganización a partir de la mitad del s. V, con continuidad en el siglo siguiente. No vamos a hacer un catálogo exhaustivo de poblados pero podemos observar, por ejemplo, cómo algunos de los que habían surgido a fines del s. VI, como El Oral, son abandonados hacia mediados del s. V (Abad, Sala, 1993, 239-241) mientras que de otros, como Los Villares (Caudete de las Fuentes) o El Tossal de San Miguel (Liria) o se conocen poco o apenas se atestiguan las fases del ibérico antiguo, profundamente trastocadas cuando surge el poblado del ibérico pleno a fines del s. V en el caso de este último (Bonet, 1995, 513-515) y a mediados del mismo siglo en el caso de Los Villares

(Mata, 1991, 193-195). En otros ámbitos, como en la Alta Andalucía, también se están produciendo fenómenos similares, como mostraría el caso de Puente Tablas (Ruiz, Molinos, 1997, 21-22). En todo caso, e incluso en estos poblados antiguos, parece detectarse una cierta especialización (¿ritual?) en el uso de determinadas estancias a juzgar por el caso de El Oral (Abad, Sala, 1997, 93-96). No obstante, nuestro conocimiento sigue siendo insuficiente en este terreno.

Los poblados que surgen o se reorganizan a partir de la segunda mitad del s. V empiezan a mostrar la existencia de espacios singulares, con función cívico-religiosa, perfectamente integrados, desde sus mismos orígenes, en la trama urbana, como muestran de forma especialmente clara los casos, ya mencionados, de La Illeta dels Banyets, de La Quèjola o del Molí d'Espigol. Es esa proyección cívica del poder político la que, aparentemente, será característica del mundo ibérico en lo sucesivo, mientras las poderosas esculturas que habían marcado las tumbas del momento previo yacen olvidadas o son reutilizadas en tumbas posteriores.

Es, pues, una profunda transformación de carácter ideológico, y sin duda político, la que se está produciendo en el mundo ibérico (cf. Arteaga, 1997, 132-134) y que puede observarse también en otros campos como en el del armamento y los cambios que experimenta, trasunto de modificaciones en la composición del grupo combatiente (Quesada, 1997-a, 123-131). El periodo que se inicia en la segunda mitad del s. V ve también la aparición de los grandes santuarios de ámbito supraterritorial (Domínguez, 1995, 69-72), evidente medio de relacionar entre sí ámbitos territoriales y culturales diversos, y en los que frecuentemente se concentra, a partir del s. IV, la gran estatuaria en piedra aunque con una iconografía transformada (Aranegui, 1994, 128-130).

Naturalmente, los ritmos históricos en las distintas regiones ibéricas han sido diferentes, así como los detalles concretos que asumen los procesos políticos en cada área; eso explica que, mientras que en la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho se esté construyendo aún a mediados del s. IV un pilar-estela historiado, en la necrópolis de Baza las manifestaciones escultóricas ya no sean visibles, sino que quedan incluidas dentro de la tumba, como el caso de la que contiene la Dama de Baza muestra (Presedo, 1973, 151-206). Sin embargo, en líneas generales, la necrópolis deja de ser el lugar privilegiado para exhibir la ideología que el poder pretende transmitir mediante la imagen y el relato correspondiente (cf. Chapa, 1995, 191-192) o, al menos, para mostrarla abiertamente. No queda del todo claro qué es lo que va a sustituir a ese mensaje; las estructuras singulares de los poblados, aun cuando se destaquen del resto de las viviendas, tampoco son, en sentido estricto, palacios. Aun cuando aceptemos que en ellas también se celebran ceremonias religiosas y rituales no predomina en ellas, al menos a juzgar por lo que conocemos, la majestuosidad evidente de torres o pilares-estelas como los que previamente se habían alzado en las necrópolis. Eso indicaría que ha cambiado la forma que tiene el poder de mostrarse hacia el exterior, posiblemente porque su capacidad de representación se ha visto coartada como consecuencia de los procesos políticos que han

debido de sucederse, a distinto ritmo, a partir de mediados del s. V y que han provocado por doquier tanto la destrucción de los símbolos de ese poder (las esculturas) cuanto, incluso, profundas reorganizaciones en los centros habitados.

Las imágenes han perdido, sin duda, parte de su capacidad de representación del poder, quizá porque el relato de corte individualista y heroizante ha entrado también en crisis. Una nueva forma de representación, más centrada en la proyección cívica y protectora del poder y de las divinidades se ha introducido en el mundo ibérico y la gran plástica deja de ser representativa de esos conceptos, por lo que abandona el mundo funerario, en el que se exalta la individualidad del difunto, para pasar al mundo de los santuarios, donde es la imagen colectiva de la sociedad la que halla proyección a través de sus dioses. Los círculos dirigentes de la ciudad ibérica expresarán a través de otros medios diferentes su poder; por ejemplo, acumulando productos exóticos, en buena medida cerámicas griegas, dotadas también de unos nuevos contenidos iconográficos (Olmos, 1992, 153-171; Sánchez, 1992, 23-33; *Id.*, 1996, 73-84), y básicamente destinadas a ser amortizadas en las tumbas (Olmos, 1982, 260-268; Blánquez, 1997, 222-224), en donde desaparecerán para siempre de la vista, quedando tan sólo como testimonio de su existencia la memoria de los asistentes a los funerales; o también mediante la exhibición de armas con decoración especialmente rica, en buena parte también destinadas a acompañar a su propietario a la tumba (Quesada, 1997-b, 228-231).

No desaparecerá, empero, el relato acompañado de imágenes de la mentalidad ibérica, pero sí quedará relegado a otros soportes, como las páteras (Olmos, 1997-a, 91-102) o la propia cerámica, con ocasionales escenas profundamente simbólicas sin dejar de ser narrativas (Cuadrado, 1982, 287-296; Olmos, 1987, 21-42; Lillo, 1983, 769-787; Kurtz, 1993, 239-245; Tortosa, 1996, 145-162) que, cuando conocemos conjuntos amplios como el de Liria (Aranegui, 1997, 49-116; *Id.*, 1997-a, 175-187) proporcionan valiosas informaciones sobre la sociedad ibérica del momento. Su cronología habitualmente tardía (a partir del s. III) hará que no nos detengamos en su problemática. Sin embargo, el hecho de que la cerámica figurada sea uno de los principales elementos de expresión del mundo ibérico, especialmente en el área suroriental del mismo, sugiere (junto con otras manifestaciones) un cambio cualitativo en la relación entre imagen y poder; de ahí su interés.

Del ámbito de la necrópolis monumental al más comedido de la ciudad, los círculos de poder ibéricos han sufrido, en el tránsito de uno al otro, posibles cambios en su composición y en su ideología (Santos, 1996, 128-130); del relato individualizado y heroico exhibido por los grandes monumentos del ibérico antiguo se ha pasado al discurso urbano y ciudadano en el ibérico pleno, en el que son determinados espacios destacados, pero no abrumadores, los que representan a partir de ahora ese poder. La imagen, prerrogativa antes única de los dirigentes de la comunidad, se abre ahora a grupos más numerosos, pero en ese tránsito se devalúa y de la piedra pasa a la cerámica. Sólo algunos santuarios seguirán conservando, y no siem-

pre con buenos niveles de calidad, la estatuaria en piedra, posiblemente ya al alcance de los particulares (Chapa, 1995, 192). La consolidación de las formas organizativas urbanas será la responsable principal de ese cambio; poder, imagen y representación que habían ido de la mano en los albores de la cultura ibérica, terminarán por desarrollar dinámicas propias en el complejo y diversificado mundo de la ciudad ibérica de época clásica.

■ BIBLIOGRAFÍA

- ABAD, L.; SALA, F. (1993): *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*. Valencia.
- ABAD, L.; SALA, F. (1997): Sobre el posible uso cúltilo de algunos edificios de la Contestania Ibérica, *QPAC*, 18, 91-102.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1978): El 'paisaje' de las necrópolis ibéricas y su interpretación sociocultural, *RSL* 44, 199-218.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1982): El monumento de Alcoy. Aportación preliminar a la arquitectura funeraria ibérica, *TP* 39, 161-210.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1982-a): Plañideras en la iconografía ibérica, *Homenaje a Saenz de Buruaga*, Madrid, 265-285.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1983): Pozo Moro. El monumento orientalizador, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica, *MDAI(M)* 24, 177-193.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1983-a): Pilares-estela ibéricos, *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch, Vol. III*, Madrid, 7-20.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1987): El pilar-estela de las 'Damitas de Mogente' (Corral de Saus, Mogente, Valencia), *APL* 17, 199-228.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1993): Palacio y organización social en la Península Ibérica, *Actas V Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, 21-48.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1996): *Ideología y poder en Tartessos y el Mundo Ibérico*. Madrid.
- ÁLVAREZ, N. (1997): El almacén del templo A: aproximación a espacios constructivos especializados y su significación socio-económica, *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)*. *Estudios de la Edad del Bronce y época Ibérica*. (M. Olcina, ed.), Alicante, 133-174.
- APARICIO, J. (1984): Tres monumentos ibéricos valencianos: La Bastida, Meca y el Corral de Saus, *Varia III. La cultura ibérica. Homenaje a D. Fletcher Valls*, Valencia, 145-161.
- ARANEGUI, C. (1994): Iberica Sacra Loca. Entre el Cabo de la Nao, Cartagena y el Cerro de los Santos, *REIb* 1, 115-138.
- ARANEGUI, C. (1997): La decoración figurada en la cerámica de Lliria, *Damas y caballeros en la ciudad ibérica. Las cerámicas decoradas de Lliria (Valencia)*. (C. Aranegui, ed.), Madrid, 49-116.
- ARANEGUI, C. (1997-a): Les Ibères à travers leurs images, *Les Ibères*, París, 175-187.
- ARCELIN, P.; DEDET, B.; SCHWALLER, M. (1992): Espaces publics, espaces religieux protohistoriques en Gaule méridionale. *DAM* 15, 181-242.
- ARTEAGA, O. (1997): Socioeconomía y sociopolítica del Iberismo en la Alta Andalucía, *HArq*, 95-136.
- BERNABEU, J.; BONET, H.; MATA, C. (1987): Hipótesis sobre la organización del territorio edetano en época ibérica plena: el ejemplo del territorio de Edeta/Lliria, *Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico*, Jaén, 137-156.
- BLÁNQUEZ, J. (1992): Nuevas consideraciones en torno a la escultura ibérica, *CuPAUAM* 19, 121-143.
- BLÁNQUEZ, J. (1993): El poblado ibérico de La Quéjola, *Pátina*, 6, 99-107.
- BLÁNQUEZ, J. (1995): El poblado ibérico de La Quéjola (San Pedro, Albacete), *El Mundo Ibérico. Una nueva imagen en los albores del año 2.000*, Toledo, 191-200.
- BLÁNQUEZ, J. (1997): Caballeros y aristócratas del s. V a.C. en el mundo ibérico, *Iconografía Ibérica, Iconografía Itálica: propuestas de interpretación y lectura*. (R. Olmos y J.A. Santos, eds.), Madrid, 211-234.
- BLÁNQUEZ, J.; OLMOS, R. (1993): El poblamiento ibérico Antiguo en la Provincia de Albacete: el timiaterio de la Quéjola (San Pedro) y su contexto arqueológico, *Arqueología en Albacete*, Toledo, 85-108.
- BLÁZQUEZ, J.M. (1977): La heroización ecuestre en la Península Ibérica, *Imagen y mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*, Madrid, 278-289.
- BLÁZQUEZ, J.M.; GARCIA-GELABERT, M.P. (1991): Destrucción de escultura ibérica religiosa: posibles causas, *Religiones en la España Antigua*, Madrid, 189-195.
- BLECH, M. (1997): Los inicios de la iconografía de la escultura ibérica en piedra: Pozo Moro, *Iconografía Ibérica, Iconografía Itálica: propuestas de interpretación y lectura*. (R. Olmos y J.A. Santos, eds.), Madrid, 193-210.
- BONET, H. (1995): *El Tossal de Sant Miquel de Lliria. La antigua Edeta y su territorio*. Valencia.
- BONET, H.; GUÉRIN, P. (1989): Habitats et organisation du territoire édétanien jusqu'au début du IIe s. av. J.-C. *Habitats et structures domestiques en Méditerranée Occidentale durant la Protohistoire. (Praectas del Coloquio)*, Arles, 80-84.
- BONET, H.; GUERIN, P.; MATA, C. (1994): Urbanisme i habitatge ibèrics al País Valencià, *Cota Zero*, 10, 15-130.
- CABRERA, P. (1997): Imagen y poder en el proceso de formación de la Polis griega, *Arte y Poder en el Mundo Antiguo*. (A.J. Domínguez y C. Sánchez, eds.), Madrid, 61-79.
- CASTELO, R. (1995): *Monumentos funerarios del Sureste peninsular: elementos y técnicas constructivas*. Madrid.
- CROISSANT, F.; ROUILLARD, P. (1996): Le problème de l'art 'gréco-ibère': état de la question, *Formes Archaiques et Arts Ibériques- Formas arcaicas y arte ibérico*. (R. Olmos y P. Rouillard, eds.), Madrid, 55-66.
- CUADRADO, E. (1982): Decoración extraordinaria de un vaso ibérico, *Homenaje a Saenz de Buruaga*, Madrid, 287-296.
- CURA, M. (1989): Enterraments infantils al Molí d'Espígol de Tornabous (Urgell, Lleida), *CPAC*, 14, 173-181.
- CURA, M. 1992-93. El poblament pre-romà del Molí d'Espígol (Tornabous, Urgell). Noves constatacions arqueològiques després de les actuacions del Servei d'Arqueologia de la Generalitat de Catalunya (1987-1992), *Tribuna d'Arqueologia*, 73-84.
- CURA, M.; PRINCIPAL, J. (1993): El Molí d'Espígol (Tornabous): Noves constatacions arqueològiques i noves propostes interpretatives entorn del món pre-romà, *Laietania*, 8, 63-83.
- CHAPA, T. (1993): La destrucción de la escultura funeraria ibérica, *TP*, 50, 185-195.
- CHAPA, T. (1995): Escultura ibérica: algunas reflexiones, *BAEAA*, 35, 189-192.
- CHAPA, T. (1996): *El nacimiento de la escultura funeraria ibérica, Formes Archaiques et Arts Ibériques- Formas arcaicas y arte ibérico*. (R. Olmos y P. Rouillard, eds.), Madrid, 67-81.
- CHAPA, T. (1997): La escultura ibérica como elemento delimitador del territorio, *Iconografía Ibérica, Iconografía Itálica: propuestas de interpretación y lectura*. (R. Olmos y J.A. Santos, eds.), Madrid, 235-247.
- DOMÍNGUEZ, A.J. (1984): La escultura animalística contestana como exponente del proceso de helenización del territorio, *Arqueología Espacial*, 4, 141-160.

- DOMÍNGUEZ, A.J. (1995): Religión, rito y ritual durante la protohistoria peninsular: El fenómeno religioso en la cultura ibérica, *IIIrd Deya International Conference of Prehistory. BAR International Series, 611*, Oxford, 21-91.
- DOMÍNGUEZ, A.J. (1996): *Los griegos en la Península Ibérica*. Madrid.
- DOMÍNGUEZ, A.J. (1997) Los lugares de culto en el mundo ibérico: espacio religioso y sociedad. Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico, *QPAC*, 18, 391-404.
- GARCÍA CANO, J.M. (1994): El pilar estela de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia), *REIb*, 1, 173-201.
- GONZÁLEZ, J.A. (1987): *Escultura ibérica del Cerrillo Blanco. Porcuna, Jaén*. Jaén.
- GRACIA, F.; MUNILLA, G.; GARCÍA, E. (1994): Models d'anàlisi de l'arquitectura ibèrica. Espai públic i construccions religioses en medis urbans, *Cota Zero*, 10, 90-101.
- KURTZ, W.S. (1993): Un posible tema heroico ibérico, *Saguntum*, 26, 239-245.
- LILLO, P.A. (1983): Una aportación al estudio de la religión ibérica: la diosa de los lobos de la Umbría de Salchite, Moratalla (Murcia), *XVI C.N.A.*, Zaragoza, 769-787.
- LILLO, P.A.; WALKER, M.J. (1990): The Iberian monument of El Prado (Jumilla, Murcia, Spain), *Greek Colonists and native populations. Proc. of the First Australian Congress of Classical Archaeology*. (J.P. Descoeudres, ed.), Oxford, 613-619.
- LLOBREGAT, E.A. (1986): Illeta dels Banyets, *Arqueologia en Alicante, 1976-1986*, Alicante, 63-67.
- LLOBREGAT, E.A. (1993): La Illeta dels Banyets (El Campello, Camp d'Alacant), ¿fou un empòrion?, *Homenatge a Miquel Tarradell*, Barcelona, 421-428.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1986): *Molí d'Espígol. Tornabous. Poblat Ibèric*. Barcelona.
- MATA, C. (1991): *Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia). Origen y evolución de la cultura ibérica*. Valencia.
- MAZARAKIS-AINIAN, A. (1997): *From Rulers' Dwellings to Temples: Architecture, Religion and Society in Early Iron Age Greece (c. 1100-700 B.C.)*. Jonsered.
- MONEO, M.T. (1995): Santuarios urbanos en el mundo ibérico, *Complutum*, 6, 245-255.
- MORET, P. (1996): *Les Fortifications Ibériques. De la fin de l'âge du Bronze à la conquête romaine*. Madrid.
- MUÑOZ, A.M. (1987): La escultura funeraria de la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia), *APL*, 17, 229-255.
- NEGUERUELA, I. (1990): *Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén). Estudio sobre su estructura interna, agrupamientos e interpretación*. Madrid.
- OLCINA, M.; GARCÍA, J.M. (1997): Síntesi Arqueològica, *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante). Estudios de la Edad del Bronce y época Ibérica*. (M. Olcina, ed.), Alicante, 21-46.
- OLMOS, R. (1982): Vaso griego y caja funeraria en la Bastetania Ibérica, *En Homenaje a Conchita Fernández Chicarro*, Madrid, 260-268.
- OLMOS, R. (1987): Posibles vasos de encargo en la cerámica ibérica del Sureste, *AEA*, 60, 21-42.
- OLMOS, R. (1992): Origiastic elements in Iberian Iconography, *Kernos*, 5, 153-171.
- OLMOS, R. (1996): Una aproximación historiográfica a las imágenes ibéricas. Algunos textos e ideas para una discusión, *Al otro lado del espejo: aproximación a la imagen ibérica*, Madrid, 41-59.
- OLMOS, R. (1996-a): Pozo Moro: Ensayos de lectura de un programa escultórico en el temprano mundo ibérico, *Al otro lado del espejo: aproximación a la imagen ibérica*, Madrid, 99-114.
- OLMOS, R. (1996-b): Signos y lenguajes en la escultura ibérica. Lecturas conjeturales, *Al otro lado del espejo: aproximación a la imagen ibérica*, Madrid, 85-98.
- OLMOS, R. (1997): Juegos de imagen, relato y poder en el Mediterráneo antiguo. Ejemplos ibéricos, *Arte y Poder en el Mundo Antiguo*. (A.J. Domínguez y C. Sánchez, eds.), Madrid, 249-260.
- OLMOS, R. (1997-a): Las incertidumbres de los lenguajes iconográficos: las páteras de plata ibéricas, *Iconografía Ibérica, Iconografía Itálica: propuestas de interpretación y lectura*. (R. Olmos y J.A. Santos, eds.), Madrid, 91-102.
- OLMOS, R.; FERNANDEZ MIRANDA, M. (1987): El timiaro de Albacete, *AEA*, 60, 211-219.
- PRESEDO, F.J. (1973): La Dama de Baza, *TP*, 30, 151-206.
- QUESADA, F. (1989): Sobre la cronología de la destrucción escultórica en la necrópolis de 'El Cabecico del Tesoro' (Verdolay, Murcia), *BAEAA*, 26, 19-24.
- QUESADA, F. (1995): Las armas en la sociedad ibérica: Diez preguntas fundamentales, *El Mundo Ibérico. Una nueva imagen en los albores del año 2000*, Toledo, 159-169.
- QUESADA, F. (1997): ¿Jinetes o caballeros?. En torno al empleo del caballo en la Edad del Hierro Peninsular, *La Guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Madrid, 185-194.
- QUESADA, F. 1997-a: Des armes pour les morts, *Les Ibères*, París, 123-131.
- QUESADA, F. 1997-b. Monumentos y ornamentos: Arte y poder en la cultura ibérica, *Arte y Poder en el Mundo Antiguo*. (A.J. Domínguez y C. Sánchez, eds), Madrid, 203-248.
- RAMOS, R. (1994): Novedades escultórico-arquitectónicas en La Alcudia, *REIb*, 1, 107-114.
- RAMOS, R. (1995): *El templo ibérico de La Alcudia. La Dama de Elche*. Elche.
- ROUILLARD, P. (1986): Tombe, sculpture et durée chez les ibères, *REA*, 78, 339-349.
- RUANO, E. (1987): Primera gran destrucción escultórica en el mundo ibérico, *BAEAA*, 23, 58-62.
- RUIZ, A.; MOLINOS, M. (1993): *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Barcelona.
- RUIZ, A.; MOLINOS, M. (1997): Sociedad y Territorio en el Alto Guadalquivir entre los siglos VI y IV a.C., *HArq*, 14, 11-29.
- RUIZ, A.; MOLINOS, M.; HORNOS, F.; CHOCLÁN, C. (1987): El poblamiento ibérico en el Alto Guadalquivir, *Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico*, Jaén, 239-256.
- SÁNCHEZ, C. (1992): Imágenes de Atenas en el mundo ibérico. Análisis iconográfico de la cerámica ática del siglo IV a.C. hallada en Andalucía Oriental, *Anuario del Dpto. de Hª y Teoría del Arte*, 4, 23-33.
- SÁNCHEZ, C. (1996): Códigos de lectura en iconografía griega hallada en la Península Ibérica, *Al otro lado del espejo: aproximación a la imagen ibérica*, Madrid, 73-84.
- SANTOS, J.A. (1994): *Cambios sociales y culturales en época ibérica: el caso del sureste*. Madrid.
- SANTOS, J.A. (1996): Sociedad ibérica y cultura aristocrática a través de la imagen, *Al otro lado del espejo: aproximación a la imagen ibérica*, Madrid, 115-130.
- SNODGRASS, A.M. (1987): The first figure-scenes in Greek Art, *An Archaeology of Greece. The present state and future scope of a discipline*, Berkeley, 132-169.

- TORTOSA, T. (1996): Imagen y símbolo en la cerámica ibérica del Sureste, *Al otro lado del espejo: aproximación a la imagen ibérica*, Madrid, 145-162.
- VAQUERIZO, D. (1994): Muerte y escultura ibérica en la provincia de Córdoba. A modo de síntesis, *REIb*, 1, 247-289.
- VILÀ, C. (1994): Una propuesta metodológica para el estudio del concepto 'templo' en el marco de la concepción religiosa ibérica, *Pyrenae*, 25, 123-139.
- VILÀ, C.; GONZALO, C. (1996): El edificio público de Burriac, ¿fue un templo ibérico?, *XXIII C.N.A.* Vol. I, Elche, 457-466.